

SERMON 2.º

DE LA

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Surrexit.

Ha resucitado.

Math. cap. XVI, v. 6.

El Santo de los santos ha hollado la muerte, consiguiendo sobre ella un triunfo admirable: el que á través de mil prodigios habia manifestado su divinidad ante un pueblo ingrato y rebelde, pone hoy el sello, digámoslo así, á su doctrina y milagros. Jesucristo muerto ignominiosamente por la perfidia judaica, ha resucitado de entre los muertos: *Surrexit.* Ved aquí, M. A. O., el por qué del gozo y la alegría que demuestra en este día la esposa del Cordero immaculado. La hemos visto cubierta de luto en los anteriores días, y ahora la vemos engalanada con vestiduras nupciales: á las tristes lamentaciones de Jeremías que resonaran bajo las bóvedas de este augusto santuario, han sucedido alegres cánticos y solemnes *alleluias*. Ha resucitado Jesucristo: *Surrexit.*

¿Y quién podrá ya dudar que la obra de la ingrata Sinagoga fué un horrendo deicidio? ¿Quién se negará á confesar que en el que estuvo pendiente de la Cruz reside el poder, la grandeza, la gloria, la divinidad? ¿Quién será tan ciego que no le reconozca y adore como Dios? Huid de este recinto, pertinaces hijos de Israel, que aun permanecéis en vuestro error, no obstante que nada teneis que objetar al dogma de la Resurreccion del Salvador. Huid tambien vosotros, incrédulos modernos que negais, no por convencimiento, sino porque quereis cerrar vuestros ojos á la clara y refulgente luz de la verdad. Y nosotros hijos de la Iglesia, hombres de fé, acompañemos á nuestra Santa Madre en la celebracion del triunfo de su Divino Esposo. Justo es que así lo hagamos, cuando llenos de compasion la hemos acompañado tambien en los días de su desconsuelo.

¿Y cómo M. A. O. no ha de rebosar nuestro corazon en las mas dulces expansiones, toda vez que la Resurreccion del Salvador que hoy celebramos, es un hecho de universales consecuencias? El príncipe de las tinieblas, que tantos triunfos habia conseguido de los infelices mortales, quedó amarrado al pié del leño santo de la Cruz; el mundo ha adquirido la libertad perdida, y el hombre que fuera esclavo del demonio, ha adquirido el hermoso, el noble título de hijo de Dios. ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad tan inesplicable! Jesucristo saliendo del sepulcro se reviste de una vida gloriosa é inmortal. Dios en su alta Providencia, quiso autorizar la predicacion del Evangelio con un milagro siempre vivo y de tal modo luminoso que no pudiese ser jamás oscurecido, por los enemigos de su Iglesia. Este gran milagro de la Omnipotencia fué la

Resurreccion del Salvador, hecho portentoso y rodeado de tan especiales circunstancias que hacen de todo punto vanos cuantos sofismas han querido inventarse para oscurecerlo. Si pues Jesucristo resucitó de entre los muertos segun que repetidas veces habia anunciado antes de consumir el Sacrificio de su vida, es cierto é indudable que nosotros tambien resucitaremos. Oid á San Pablo: *Si enim credimus quod Jesus mortuus est, et resurrexit: ita et Deus eos, qui dormierunt per Jesum, adducet cum eo* (1). Estas palabras van á darnos materia para el discurso. Ganoso de vuestra instruccion, voy á demostraros con la brevedad y claridad que me sea posible, que *la Resurreccion del Salvador, es prenda segura de la de todos los hombres, haciéndoos comprender que solo resucitarán á la vida inmortal de la gloria, los que murieron en la fé de Jesucristo. Invoquemos ante todo los auxilios divinos, etc. Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

No hay esfuerzo humano, M. A. O., que no hayan hecho los enemigos del Cristianismo para falsear la certeza de la Resurreccion de Jesucristo fundamento de nuestra fé. Tan cierto estaba el apóstol San Pablo, de que solamente sofismas miserables podian oponerse á este dogma consolador que escribia con esta seguridad á los Corintios: «Si Jesucristo no resucitó, nuestra predicacion es inútil, y vana vuestra fé. No somos mas que falsos testigos que ultrajamos á Dios, atestiguando contra toda

(1) I ad Tesal. cap. IV, v. 13.

»verdad que Jesucristo resucitó de entre los muertos (1).» No temia, pues, este Apóstol que se adujesen testimonios y pruebas para demostrar que él y sus compañeros eran falsarios. ¿Y cuando hablaba con tanta energía y seguridad? Justamente cuando Jerusalem subsistia aun; cuando los jefes de la nacion, tenian bastante autoridad para hacer valer contra los Apóstoles las razones de su incredulidad: vivian aun muchos de los que presenciaron las sangrientas escenas del Gólgatha, y no pocos de los que vieron á Jesucristo resucitado. Los judíos establecidos en la Grecia, se conservaban en buenas relaciones con los de Jerusalem, para poderse informar prontamente del modo con que habian tenido lugar los hechos. Pero cuantas indagaciones pudieran hacer, no eran suficientes para inspirar temores á los Césares. Si el Cristianismo se ha extendido por todas partes; si el mundo se postra ante la Cruz Salvadora; si Jesucristo es adorado como Dios en los pueblos y naciones, es por la seguridad de su Resurreccion. Despues de tantos siglos de dominio por el Cristianismo, en los cuales como acabamos de decir, no han podido inspirar recelo alguno las indagaciones de los enemigos de Jesus, no puede presumirse, dice muy oportunamente Bergier, que hayan llegado á ser mas terribles los esfuerzos de los enemigos (2).

El isrealita Salvador, en su empeño por desacreditar el Cristianismo, ha hecho grandes esfuerzos por desvirtuar las narraciones evangélicas principalmente en cuanto dicen órden á la Resurreccion de

(1) I. Ad Cor. cap. XV, v. 14-15.

(2) Bergier, *Tratado de la Religion*, part. 3.^a, art. II.

Jesucristo. Sus argumentos caen por su mismo peso, y sus pobres razones han sido valerosamente pulverizadas por uno de los mejores escritores de la Francia cristiana. Indiquemos aunque con brevedad los errores de Salvador para concretarnos despues al punto principal que debe ocuparnos.

Salvador se presenta como admirado, al contemplar la tardía prudencia de los ancianos y sacrificadores, que hasta la mañana siguiente al día del fatal suplicio no toman la precaucion de hacer guardar el sepulcro para impedir que los discípulos, como ellos dicen á Pilatos, fuesen á arrebatarlo para hacer creer la fábula de la Resurreccion, de donde saca la consecuencia que durante este intervalo de tiempo, pudieron estraer el cadáver y hacerle desaparecer.

El gobernador romano no creia mas en la posibilidad del rapto que en la de la Resurreccion. De aquí el decirles: *Teneis vuestra guardia; id y haceldle guardar como juzgueis* (1). El hecho es que el sepulcro estaba sellado y no es posible creer que el gobernador y los príncipes de los sacerdotes hubiesen puesto el sello sobre un sepulcro vacío, no dando á los soldados mas que una piedra que guardar (2). Ahora bien; ¿cómo salió este cuerpo del sepulcro? ¿Cómo pudo desenvolverse del sudario? ¿Cómo pudo

(1) Math. cap. XXVII, v. 64.

(2) No podemos menos de recomendar á los lectores lo erudita obra *Exámen critico de las doctrinas de Gibbon, Strauss y Salvador, sobre Jesucristo, su Evangelio y su Iglesia*, escrita por el reverendo Obispo francés M. S. Guillon, que hace pocos años vertimos al español. Es un riquísimo arsenal de doctrina, principalmente en la refutacion de Salvador. De ella nos servimos para las pruebas de este discurso, aunque con la rapidez consiguiente al tiempo que el uso ha señalado á la duracion de un sermón.

burlar la vigilancia de unos soldados tan interesados en su custodia? Poco imparcial y demasiado suspicaz, Salvador no se detiene en examinar las circunstancias del hecho tal como las describen los Evangelistas. Pretende tan solamente echar por tierra de una sola plumada el gran milagro de la Resurreccion de Jesucristo, fundamento de nuestra fé y de todas nuestras creencias religiosas. Ridícula pretension que en pleno siglo XIX ha tomado de nuevo á su cargo, no ya otro israelita, sino un hijo apóstata de la Iglesia, el funestamente célebre Mr. Renan.

No hay en el Evangelio un suceso mas minuciosamente explicado que el de la Resurreccion de Jesucristo: y cada circunstancia es una nueva prueba, un nuevo rayo de luz que viene á disipar toda duda que pueda presentarse al entendimiento.

Los soldados, dice San Mateo, tomaron el dinero que les dieron los ancianos, hicieron lo que se les habia dicho, esto es, decir que mientras ellos estaban durmiendo vinieron los discípulos y verificaron el rapto del cuerpo de Jesus. Y esta voz, continúa el Evangelista, que se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día (1). Salvador rehusa creer esto: ¿Y qué prueba alega? Tan solamente: «Que no es natural que al salir de esa escena de magestad, llena toda el alma de temor, y temblando aquellos soldados hubiesen afirmado por algunas monedas de oro á sus compañeros de armas, que un largo y pesado sueño, habia cerado durante la noche sus ojos.» Los mismos prodigios que en el momento de la Resurreccion se verificaron, tuvieron lugar á la muerte de Jesus: la tier-

(1) Math. cap. XXVIII, v. 11-13.

ra tembló, y la naturaleza puede decirse que se estremeció. En el Calvario hubo un Centurion que no pudo menos de esclamar al ver tales prodigios: *Verdaderamente ese hombre era hijo de Dios* (1). Mas por poco que se reflexione se comprenderá que el oro es un atractivo que prevalece generalmente sobre el corazón del hombre.

¿Ni qué valor tendrá tampoco el argumento de que estando dormidos los guardas, vinieran los discípulos y arrebataran el cuerpo de Jesús? ¡Oh aberración del entendimiento humano! O los guardas estaban dormidos ó velaban. Si lo primero ¿cómo pudieron ver, y podían después afirmar que habían venido los discípulos? ¿Cómo no se despertó ninguno de ellos con el ruido que precisamente, tendrían que hacer al levantar la losa? Si estaban despiertos, ¿cómo los dejaron escapar, hallándose tan interesados en su fiel custodia? ¿Cómo no se hicieron averiguaciones, persiguiendo á los discípulos hasta averiguar el lugar donde le habían ocultado? ¡Qué conducta la de aquellos miserables! No podían contrarrestar el hecho porque era evidente á todas luces, y procuran salir del paso, explicándolo de cualquier manera. Era necesario mentir: ¿pero qué podía importar la mentira á los que habían traficado con la sangre del justo, á los que habían colgado de un patíbulo de afrenta al inocente por esencia? Así no temieron decir á los guardas. «Decid que los discípulos de Jesús han arrebatado su cuerpo mientras dormiais, y si esto llega á noticias del gobernador romano, nos compondremos con él y os salvaremos.» No encuentran en su ardid y

(1) Math. cap. XXVII, v. 54.

astucia otro recurso: así lo hacen los soldados: ¿Pero que consiguen? ¿Logran por ventura hechar por tierra el edificio? ¿Destruir la creencia en la Resurrección gloriosa del Salvador? Dígalo la fé constante de tantos millones de católicos.

La Resurrección del Salvador está confirmada por las mas relevantes pruebas. Los Apóstoles, aquellos hombres escogidos por Jesucristo para que fuesen testigos de su predicación y sus milagros, y después predicadores de su doctrina, sabido es, y así lo confiesan los enemigos del Cristianismo, eran unos hombres rústicos é ignorantes: á mas, eran tímidos y cobardes, lo que demostraron suficientemente durante la pasión y muerte de su Maestro, pues no tuvieron valor para acompañarle. El mas intrépido de ellos le negó tres veces: ¿Cómo se transformaron después de tímidos en valerosos hasta derramar su sangre, de rústicos é ignorantes, en sábios que fueron la admiración del mundo? Lo primero porque estuvieron ciertos de la Resurrección de su Maestro, habiéndole visto y hablado repetidas veces en los días que mediaron desde la Resurrección hasta el de la Ascensión: lo segundo porque recibieron las luces del Espíritu Santo que les llenó de dones celestiales.

Los Apóstoles abandonaron cuanto poseían para seguir á Jesucristo, porque le creyeron desde luego el futuro libertador de Israel, conquistador mas glorioso que David y Salomón. Jesucristo les había dicho que su reino no era de este mundo, pero las ideas carnales y groseras no se disiparon en ellos por completo hasta que recibieron las luces del Espíritu Santo ¿Qué debían pensar de Jesucristo, si no hubiese realizado el milagro de su Resurrección, según

les habia anunciado repetidas veces? No otra cosa sino que era un impostor. ¿Y hubiesen salido entonces á sufrir desprecios, persecuciones y hasta la muerte misma, por defender una fábula? Groseros, como acabo de decir, y disipadas sus ideas de bienes y grandezas temporales, se hubieran vuelto á sus redes y barquillas, y hubieran escusado todo lo posible hasta el hablar de Jesucristo, por evitar las burlas de los que les oyesen.

Pedro habia sido el primero en confesar públicamente la divinidad de su Maestro, y cuando este resucita y se presenta á sus ojos, imagina como los demas que solo ve un fantasma. Los demas Apóstoles que oyen á dos de sus compañeros que han visto al Maestro resucitado, les tienen por visionarios, hasta que el mismo Jesucristo se presenta entre ellos en ocasion en que estaban sentados á la mesa, afeándoles su incredulidad y dureza de corazon, por no haber creido á los que le habian visto resucitado. Entonces les dijo el Salvador: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura.» Lo que ellos cumplieron hasta dar su vida en los tormentos. Por último, el apóstol San Pablo enumera las apariciones de Jesucristo resucitado y afirma que despues de haberse dejado ver de sus Apóstoles se presentó á mas de quinientos de sus hermanos reunidos, de los que muchos vivian aun en su tiempo (1). Y San Pedro al predicar al pueblo judío no cesaba de repetir: «Ese Jesus á quien habeis crucificado, resucitado por la divina Omnipotencia, está ahora sentado á la derecha de su Padre.»

(1) I ad Cor. cap. XV, v. 5-9.

No creo, nos sea necesario aducir, M. A. O., mayor número de pruebas: el hecho de la Resurreccion de Jesus está suficientemente demostrado, y su creencia es la que ha llenado el mundo de cristianos, la que ha hecho brillar de uno á otro polo la luz de la verdad.

Y ahora bien ¿la Resurreccion de Jesus, no será una prenda segura de la nuestra? Si: el fin de nuestros cuerpos no es ese polvo ni esa podredumbre á que somos reducidos despues de los dias de nuestra vida mortal. Oid á San Pablo: «Si no hay resurreccion de muertos, tampoco Cristo resucitó.» Escuchad ahora la esposicion de estas palabras: «Si es imposible la resurreccion de los muertos, se seguirá de esto que Jesucristo tampoco resucitó: porque la misma razon que vale para los miembros, vale tambien para la cabeza. Y en este se falsifica; porque es cosa de hecho y de notariad pública, que Jesucristo murió, y viven hoy dia muchos de los que le vieron resucitado (1).» Así los Apóstoles nos han enseñado á decir en el símbolo de nuestra fé: *Creo en la resurreccion de la carne*. Que el hombre ha de resucitar en el último de los dias, es una verdad que vemos confirmada en las sagradas páginas: «Yo se, decia Job, que vive mi Redentor y que en el último dia he de resucitar del seno de la tierra; que seré de nuevo revestido de mis despojos mortales, y que en mí propia carne he de ver á mi Dios (2).» El profeta Daniel se esplica de este modo: «Los que duermen en el polvo resucitarán unos en pos de

(1) I. ad Cor. cap. XV, v. 13.—Anotac. al mismo verso en la traduc. de Scio.

(2) Job. cap. XIX, v. 25-26.

otros, estos para la vida eterna, aquellos para su oprobio igualmente eterno (1).»

Suficientes son estos testimonios para que el hombre de fé no abrigue la menor duda en punto de tanto interés. No hablo ahora de la inmortalidad del alma, que todos creéis suficientemente: me limito tan solamente á la resurreccion de los cuerpos. Acabamos de presentar dos autoridades de gran peso, tomadas de la Escritura Santa, á las que podriamos añadir muchas mas. Pero no dejaré pasar desapercibida la narracion que del juicio final nos hace San Mateo en el capítulo XXV de su Evangelio: «Cuando viniere el Hijo del hombre en su magestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su magestad, y serán todas las gentes juntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos.» Sí, cristianos: en aquel dia terrible, el cielo, el infierno y el purgatorio arrojarán de sí las almas que permanezcan en estos lugares; cada alma se unirá con el cuerpo que le fué su compañero, y las gentes todas ocupando un dilatado valle, aparecerán á la presencia del Juez de vivos y muertos, de ese Jesus á quien hoy vemos resucitado, y que hará su segunda venida no á sufrir y padecer, sino rodeado de gran poder y magestad para juzgar el mundo.

Trabajad, pues, os diré con mi gran Padre el Príncipe de los Apóstoles: trabajad en asegurad vuestra vocacion y vuestra eleccion por las buenas obras. Porque asi nos dará Dios con abundancia todos los medios

(1) Dan. cap. XII, v. 2.

para entrar en el reino eterno de nuestro Señor (1).

Si hemos de aspirar á tan inapreciable dicha, necesario nos es vivir como buenos en el cumplimiento de la divina ley, en la observancia de sus santos preceptos, medio único de morir en la fé de Jesucristo, para resucitar despues á una dichosa inmortalidad.

Como habeis visto demostrado, Jesucristo resucitó de entre los muertos y su resurreccion es la prenda de la nuestra, y verdadero apoyo de nuestra esperanza para el porvenir. En nuestra propia carne hemos de ver á Dios nuestro Salvador. Si pues tanto trabajais por proporcionaros las comodidades temporales, no olvideis que esta vida es transitoria, y que nuestra felicidad está en los cielos. Ese Jesus que murió por nosotros y que ha resucitado, segun dijo, nos conquistó con su sangre la posesion del cielo. Vivamos pues como verdaderos cristianos, alimentando nuestras obras con la fé, consolándonos con la esperanza, y haciendo méritos por el ejercicio de la caridad. Cantemos en la tierra himnos de bendicion á nuestro Señor y Salvador Jesucristo, á fin de que tengamos la dicha de entonar en la gloria y en compañía de los ángeles y Bienaventurados eternas *Aleluyas*.

(1) II. Petr. cap. I, v. 10.